

CAPÍTULO IV

MI LLEGADA A MARSELLA

Al llegar a Marsella, un compañero que había sido avisado por los de Barcelona, me esperaba en el puerto. Llegué algo enferma; la cárcel, el trajín que tuve esos dos meses y las impresiones recibidas, quebrantaron mi salud, y una fuerte tos, fiebre y malestar, me obligaron a los dos días de mi llegada a internarme en un hospital. Permanecí en él tres meses, atacada de una fuerte bronquitis. Todos los días me visitaban algunos compañeros. Cuando salí del hospital, me instalé en casa de un compañero que también había sido deportado de la Argentina llamado Zanetti, y se encontraba con su compañera en Marsella. Me puse a trabajar en mi oficio de planchadora y ganaba como para poder más o menos vivir, pero no estaba conforme. Eran muy pocos los compañeros que allí había y el movimiento era muy pobre. Marsella tampoco me agradaba; como ciudad sí, era una ciudad preciosa, con unos parques magníficos, pero la dificultad del idioma y la pobreza de nuestro movimiento, no me conformaban. Yo llegué a Marsella pensando que me iba a encontrar con una ciudad luz, donde el arte, la literatura y la capacidad intelectual de sus habitantes sobresaliera de la de otros países. Para mí, de acuerdo a lo que había leído sobre Francia, entendía que debía sobresalir de los demás países en su vida cotidiana, en sus costumbres y en su civilidad; pensé que su pueblo y la clase trabajadora sobre todo, se diferenciaría de otros pueblos por su cultura y sus costumbres. Pero mi asombro fue grande cuando me encontré con un pueblo corrompido por el vicio del alcohol y la prostitución. Las muchachas, a la salida de las fábricas y talleres se iban con los compañeros de trabajo a tomar su ajénjo, como decían ellas, bebida muy perjudicial para el organismo. La corrupción en la juventud era desastrosa y todo el panorama social era totalmente

distinto de lo que yo me había imaginado. Por eso me sentí defraudada y molesta, y traté de alejarme lo antes posible de ese país; pensé en irme a Génova, ya que quedaba cerca y yo más o menos dominaba el idioma italiano. Empecé los trámites y me trasladé allí sin grandes dificultades, ya que el viaje costaba poco y se realizaba en una sola noche.

GENOVA

Al llegar me dirigí a casa de unos parientes que en Madrid me habían dado su dirección. Se encontraban en una situación económica bastante desahogada y para ellos fue una satisfacción recibirme. La señora mayor, madre de la dueña de casa, sintió por mí una gran simpatía y sostenía conmigo largas conversaciones bajo una hermosa glorieta que en los fondos de la casa existía, rodeada por un gran jardín donde el aroma de sus flores parecía que matizaba nuestra conversación. A los pocos días de mi llegada busqué trabajo de mi oficio; mis parientes no querían, pero a mi me pareció más lógico ponerme a trabajar para no depender y ser molesta a quienes con tanto afecto y simpatía me habían ofrecido su casa. Encontré trabajo en un gran taller de planchado en la rúa Piróscafo, de encargada del mismo, pues el dueño, era un hombre que lo había comprado sin entender nada del oficio. Allí trabajé varios meses. En Génova me encontraba más cómoda que en Marsella, y me gustaba mucho la ciudad, toda sobre una colina, con una perspectiva que era algo que salía de lo vulgar. Los primeros meses de 1909 se declaró una huelga de campesinos en Parma, ciudad próxima a Génova; los diarios todos hablaban de esa huelga y yo la seguía con interés por la forma como se desarrollaba. Un día se publicó en los diarios que el domingo siguiente se realizaría en San Pierdarena un pic-nic para recibir a 500 niños de los que se harían cargo las organizaciones obreras de Génova mientras durara la huelga. Ese gesto me pareció tan simpático y humano, que el domingo hacia allí me dirigí. San Pierdarena es una playa que queda más o menos a una hora de Génova, rodeada de grandes quintas, y en una de ellas se realizó ese pic-nic. A las 15 horas más o menos, llegaron varios camiones donde traían a los niños. Al organizarse el acto, yo me mezclé entre aquella gente, que era mucha y no conocía, aunque entreveía que debía de haber algún anarquista entre ellos que esperara a los niños. Levantaron la tribuna y hablaron varios de los orga-

nizadores, explicando los motivos de la huelga y el por qué se hacían cargo de los niños.

Yo no pude aguantar, y me fui escurriendo como pude entre aquella multitud, hasta que llegué al pie de la tribuna. Cuando me pareció oportuno, le hablé a uno de la comisión y le dije que yo venía de la Argentina deportada y si me permitían hablar lo haría en castellano, ya que no dominaba bien el italiano. No hubo inconveniente, me anunciaron y subí a la tribuna. ¡Qué momento emocionante! Después de tantos meses que andaba errando de un lado para otro, encontrarme frente a esa multitud hablando sobre un hecho tan simpático y humano como ese.

Muchas demostraciones de simpatía y aceptación recibí, y al bajarme de la tribuna, me encontré con el compañero Tonietti con los brazos abiertos para recibirme. ¡Qué alegría! Este compañero también había sido deportado de la Argentina al terminarse la huelga de inquilinos en 1907 y como era italiano, fue deportado a Génova y allí se encontraba. Ya no estaba sola en Italia, él me puso en contacto con muchos compañeros y mi estada fue más activa y satisfactoria. Concurría a reuniones y conocí a muchos compañeros que me hicieron más agradable mi vida en Génova.

Con el transcurrir de los días, sentía más y más los deseos de regresar a Buenos Aires, donde estaba mi madre, mi hermano y tantos amigos y compañeros de ideales. Esto era para mí una obsesión. ¿Cómo podría hacer para retornar al seno de los míos? Lo que ganaba en mi trabajo era poco y no alcanzaba para costear el viaje. Un día, en la casa donde estaba hospedándome, me enteré por la señora mayor de la casa, que tanta simpatía por mí había demostrado, que un primo de ellos era gerente general del Silos. El Silos era un gran establecimiento a la orilla del mar, en Génova, donde se recibía todo el grano que venía de América. Yo le pedí a la señora que cuando viniera me lo presentara para preguntarle si podría hacer algo que facilitase mi retorno. No fue necesario, la señora Sarita, que así se llamaba, le habló por teléfono y le explicó el caso. A los quince días más o menos vino ese señor a hablar conmigo y me preguntó si quería ir trabajando, a lo que le contesté que sí. A los pocos días embarcaba yo como camarera en el primer viaje que hizo el vapor "Príncipe de Udine", de la Compañía General Italiana. Naturalmente

que yo a Buenos Aires no podía venir por estar deportada del país, pero ya el capitán estaba avisado para permitir mi desembarco en la ciudad de Montevideo. Cuando el vapor amarró en dicho puerto fue tanta mi alegría y mi emoción, que se nublaron mis ojos al encontrarme de nuevo entre los míos, pues estar en Montevideo era como estar de nuevo en Buenos Aires.

